

SIMPATÍA Y COLABORACIÓN

EL SUPERIOR GOBIERNO DE LA NACIÓN Y LAS INSTITUCIONES CULTURALES ARGENTINAS

Con una justa comprensión de la trascendencia cultural de esta iniciativa argentina con proyecciones internacionales, el Excmo. Sr. Presidente de la República, *Gral. Juan D. Perón*, otorgó, apenas informado, su más amplia simpatía y generoso apoyo, confirmando una vez más el espíritu de su política de puertas abiertas a la cultura.

Por su parte el *Ministerio de Asuntos Técnicos* ha patrocinado la *Exposición Bibliográfica* por medio del *Consejo Nacional de Investigaciones Técnicas y Científicas*, y del *Centro Nacional de Documentación*, con un elevado ejemplo de aliento por parte de las instituciones oficiales a la iniciativa privada.

El *Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto*, por intermedio del *Departamento de Asuntos Culturales* de la *Subsecretaría de Difusión*, ha prestado también un eficaz apoyo, dando a conocer esta iniciativa argentina por intermedio de las Representaciones Diplomáticas en el extranjero.

La *Comisión Nacional de Cultura* y la *Comisión Nacional Protectora de Bibliotecas* han prestado, dentro del *Ministerio de Educación*, su más amplia simpatía y colaboración, de acuerdo al carácter propio de ambos organismos.

LAS REPRESENTACIONES DIPLOMÁTICAS

Debemos agradecer también a las *Representaciones Diplomáticas* en nuestro país, especialmente a las *Embajadas de España, Estados Unidos y Francia*, el *Consejo Británico*, las *Embajadas de Italia y México*, y a las *Legaciones de Bélgica, Portugal y Suiza* la franca simpatía y las más amplias facilidades otorgadas a fin de que las Editoriales y Centros Filosóficos de sus respectivos países puedan estar dignamente representados.

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

THIESEN, URBANO, S. I. *O Fim da Criação nos escritos de Leonardo Lessio, S. J.*, Pôrto Alegre, Brasil, 1950, páginas XXII-115.

El tema de la presente tesis doctoral, presentada a la Facultad de Teología de la Universidad Gregoriana, es de especial interés e importancia.

El autor estudia el fin de la creación en el P. Leonardo Lesio, S. I., llamado por sus contemporáneos «el oráculo de los Países Bajos».

Aunque Lesio es muy citado y en los últimos decenios también impugnado en este punto, sin embargo nadie ha emprendido hasta ahora un estudio a fondo en sus obras sobre este asunto, como se había hecho ya con Santo Tomás y Suárez.

Esto, entre otras razones, movió al autor a escoger el tema de su tesis.

El presente trabajo está dividido en tres partes. En la primera presenta la doctrina de Lesio sobre el fin de la creación; en la segunda confronta la doctrina de Lesio con las enseñanzas del Concilio Vaticano y en la tercera se ocupa de la doctrina de Lesio en la controversia suscitada después del Vaticano.

El autor de propósito deja de lado la investigación de los orígenes históricos de la doctrina lesiana, que implica buscar sus fundamentos en la Sagrada Escritura, los Santos Padres y los teólogos anteriores y posteriores al Concilio Tridentino. Sin duda que este trabajo proyectaría luz sobre el tema.

La primera parte propone en primer lugar la doctrina lesiana sobre el fin de la creación tal como la conciben sus impugnadores: J. Stuffer, Philip J. Donnelly y los editores de la obra teológica de Lercher.

El primero de los nombrados dice que Lesio enseña que Dios es sólo el último *finis cui* de la creación; el *finis qui* de ésta es la gloria finita que debe ser tributada al Creador. La gloria extrínseca es una ventaja extrínseca buscada por Dios por medio de la creación. La doctrina de Lesio se aleja de Santo Tomás.

De parecida manera escribe Donnelly que Lesio afirma que el fin último pretendido por Dios en la creación es la comunicación finita de la bondad divina; es decir, la gloria externa. Tanto el fin último pretendido por el Creador, como el supremo fin de la creación (*finis operis*) es la extrínseca bondad de Dios. La gloria externa es el fin supremo y absolutamente último (*finis qui*) de las criaturas. Lesio se aparta del Angélico y de Suárez en esto. La gloria externa como bien extrínseco de Dios es un elemento nuevo en la doctrina lesiana.

Los editores de Lercher concuerdan con Lesio en que Dios es el *finis cui* de la creación, pero se separan de él al negar que por la creación y la gloria externa adquiriera Dios algo, como también cuando enseñan que el fin de la creación es la bondad divina y no algo creado, y que el *finis qui* de la creación no debe ser adquirido, sino difundido. Lesio, según ellos, también se aparta de Santo Tomás y Suárez. La principal dificultad de los editores de Lercher es conciliar la idea de un Dios bienhechor liberal por excelencia con la hipótesis de que por la creación pretenda adquirir algo.

Este es el problema de la doctrina lesiana, cuya solución constituye el fin de la tesis.

Para solucionarlo estudia el autor detenida y profundamente las obras de Lesio, investigando primero el fin del Creador y luego el de las criaturas.

Creemos que ésta es la parte más valiosa del trabajo.

El fin último del Creador es Dios. La bondad divina es la razón por la cual Dios crea los seres. El fin del Creador es una comunicación de sí mismo. Dios al crear no pretende un aumento de divinidad. El Creador pretende la gloria extrínseca sin buscar ventaja propia.

El fin último de todas las criaturas es Dios. El fin primario de ellas es la gloria externa del Creador. La gloria externa puede aumentarse sin acrecentarse en nada Dios. El fin secundario de los seres irracionales es el bien del hombre. El bien de los seres racionales es una participación natural y sobrenatural de la gloria increada.

En la segunda parte, cuyo título es: «La doctrina de Lesio confrontada con la del Concilio Vaticano», estudia primeramente las doctrinas condenadas por el Concilio. Por esto investiga los errores de Guenther y Hermes.

La gloria extrínseca, según Guenther, parece ser más bien una consecuencia que un fin propiamente dicho de la creación.

El error de Hermes consiste en negar a la gloria extrínseca el carácter de fin.

Luego estudia la doctrina del Vaticano.

La enseñanza del Concilio respecto del fin del Creador es que Dios creó para manifestar su perfección; es decir, el Creador quiso la manifestación de su perfección. Como la manifestación de la perfección divina es la gloria externa de Dios, luego ésta es fin del Creador.

Dios, conforme a los documentos del Concilio, creó el mundo para su gloria. Es decir, empleando términos escolásticos, la gloria de Dios es un fin del Creador (*operantis*).

Toca en seguida brevemente la cuestión del fin sobrenatural del hombre.

Pasa luego a confrontar la doctrina de Lesio con la del Vaticano.

El autor encuentra pleno acuerdo entre las enseñanzas de Lesio y las definiciones conciliares sobre el fin del Creador y el de la criatura. Algunas afirmaciones de Lesio no fueron definidas. La principalidad de la gloria de Dios, reconocida por la Deputación del Concilio como doctrina verdadera y absolutamente cierta, no fué proclamada como dogma de fe.

La tercera parte consagrada a la doctrina de Lesio en la controversia nacida después del Concilio Vaticano, trata en primer lugar del fin de la creación en la teología postvaticana.

Dedica especial atención a Kleutgen, pues éste no solamente sigue en los puntos esenciales a Lesio, sino que tomó parte en la reforma del esquema que se convirtió en definición solemne. Fué también uno de los mayores adversarios de Guenther.

Recorre luego brevemente los teólogos que escribieron después del Vaticano, se leen más de cincuenta nombres, sintetizando la doctrina de cada uno sobre el fin de la creación.

El resultado de su paciente recorrida es que un subido número de teólogos están de acuerdo con Lesio en admitir que la gloria extrínseca es fin de la criatura y del Creador. Solamente tres teólogos rechazan explícitamente la doctrina de Lesio.

Pasa a continuación a estudiar las razones por las cuales se admite o se rechaza la doctrina de Lesio.

Cree el autor que hay una razón que percibida determina a aceptar, e ignorada determina a rechazar la doctrina de Lesio. Esta razón es el principio de Santo Tomás que el *finis operis* siempre se reduce al *finis operantis*. Es un principio de valor universal. Por lo tanto la gloria externa de Dios, definida por el Vaticano, y que es el *finis operis* de la creación, se reduce necesariamente a ser también fin del Creador, o *finis operantis*.

Otra razón de aceptar o rechazar la doctrina lesiana es el número mayor o menor de obras y textos de Lesio sometidos a examen. Las dificultades que ocurren en algunos sitios se solucionan con lo que se expone en otros. Los impugnadores de Lesio no tuvieron presentes sino muy pocos textos y los interpretaron mal.

En una densa Conclusión sintetiza los frutos de su meritoria investigación.

Lesio es un teólogo que se preocupó mucho del problema del fin de la criatura y del Creador no sólo en obras estrictamente escolásticas, sino también en escritos especulativo-ascéticos.

En general no se encuentra en su doctrina nada nuevo, ni mucho menos innovaciones, por lo menos en los puntos en que se le ataca. Lesio sigue al Angélico y aun emplea su terminología. Se aparta de Santo Tomás cuando hace la siguiente restricción: que Dios es solamente el *finis cui* de las criaturas no dotadas de inteligencia.

El Creador no puede descansar en las criaturas, sino en sí mismo. Con esto el fin supremo de la creación no es, según Lesio, la bondad extrínseca de Dios, a no ser en el sentido de que entre todos los fines creados la gloria extrínseca ocupa el supremo lugar.

Como la voluntad de Dios sólo es movida por la bondad divina, no es conforme a la doctrina de Lesio decir que Dios se deja mover por el deseo exclusivo de adquirir una perfección extrínseca, finita.

Lesio tampoco se aparta de Suárez, su profesor en el Colegio Romano. La única diferencia que existe es que Lesio llama a la gloria externa *finis qui*, al paso que Suárez prefiere que se la llame *finis quo*.

Es digno de notarse que la inmensa mayoría de los teólogos después del Vaticano acudan a Lesio para explicar la naturaleza íntima de la gloria de Dios.

Si después de la definición del Vaticano quedan oscuridades y dificultades sobre el fin de la creación se debe en gran parte, según cree el autor, a la analogía de nuestro conocimiento de las cosas divinas, a las diversas definiciones de fin, y, en última instancia, al misterio de la libertad en general, y en particular al de la libertad de Dios.

Sin duda esta tesis aporta elementos muy valiosos, como lo son especialmente los que se refieren a la doctrina de Lesio en sí misma, para la solución del difícil problema.

No acabamos de ver la objetividad de la gran importancia que el autor da, para la inteligencia de las distintas posiciones, al principio: El *finis operis* siempre se reduce al *finis operantis*.

Creemos que sería interesante y sobre todo útil investigar el influjo que tuvo sobre el Concilio Vaticano el de Colonia del año 1860 en este punto. Sabido es que este último emplea los términos *finis operantis* y *finis operis*, y, en cierta manera, los opone.

La tesis está trabajada según las severas normas del método científico.

La bibliografía es buena: abarca todas las obras importantes relacionadas con el tema.

Además del Índice general tiene uno de nombres y otro alfabético de materias.

P. J. SILEY, S. I.

MISCELANEA COMILLAS. Pontificia Universitas Comillensis. Colaboración científica de los profesores y doctores de la Universidad. Vol. XIV, Comillas, Santander, 1950, 304 págs.

Vamos a dar cuenta del contenido de este nuevo volumen de la colección *Miscelanea Comillas*, que nos ofrece un conjunto de trabajos referentes a diversas ramas de las ciencias eclesiásticas, todos ellos de interés por su contenido y por la seriedad de la investigación con que han sido preparados.

Abre el volumen un extenso estudio del P. Joaquín Salaverri, S. I., *La triple potestad de la Iglesia*. Estudia el P. Salaverri la doble clasificación de las potestades, trimembre según sus razones formales; bimembre según el doble modo como se confieren. Sostiene que la triple potestad es ley primaria de la Iglesia, que existe una distinción específica entre las tres potestades (régimen, orden y magisterio). Excluye como insuficiente la división bimembre y muestra las conclusiones que pueden deducirse de la doctrina del Vaticano sobre el particular, a lo que agrega las opiniones de los autores y en particular las de Santo Tomás y Suárez.

El P. Apolinar Morán, S. I., publica una parte de su tesis doctoral defendida en la Universidad Gregoriana, sobre «El primer catedrático jesuita de prima de

teología en la antigua Universidad de Salamanca, P. Juan Barbiano». Rasgos biográficos, perfil teológico, controversias que suscitan sus teorías sobre las perfecciones increadas de la humanidad de Cristo. Se trata de un trabajo histórico muy bien documentado y de sumo interés para el estudio de la historia de la escolástica en el siglo XVI. El P. Morán presenta muchos datos nuevos, a base de su investigación sobre manuscritos todavía inéditos. Como es natural, en torno al P. Juan Barbiano van apareciendo referencias valiosas a otros profesores jesuitas de la misma época. La personalidad original de Barbiano, sus opiniones avanzadas sobre las perfecciones increadas de la humanidad de Cristo y su actitud independiente de escuelas y maestros, dieron origen a controversias, que revelan la actividad de los escolásticos salmantinos. El trabajo ofrece también un apéndice de sumo interés sobre «Obras inéditas de teología no dadas aún a conocer, pertenecientes a catedráticos jesuitas de prima y de vísperas en la antigua Universidad de Salamanca».

Un tercer artículo del M. I. Dr. Angel Munarriz, Pbro. recoge información sobre la «variada actividad teológica del filósofo Comellas y Cluet». Incluye al parecer cuanto merece la pena de consignarse por escrito en esta publicación sobre las actividades teológicas de Comellas, profesor en el Seminario de Solsona a mediados del siglo pasado. Primero los artículos publicados por Comellas en el Boletín oficial eclesiástico de la diócesis de Solsona, Nos. 1, 2 y 4, sobre el acto de fe. Luego la actividad de Comellas en torno al caso de iluminismo de un sacerdote de la diócesis de Solsona, el cual según Comellas, más que iluminado, defendía ciertos errores afines al protestantismo. Finalmente recoge informes sobre la actividad de Comellas como profesor de teología.

El Pbro. Dr. José Janini Cuesta estudia el problema de la dieta y virginidad en Basilio de Ancira y San Gregorio de Nisa. Se refiere al tratado «De la verdadera incorrupción de la virginidad» del médico semiarriano Basilio de Ancira y a la inspiración que de este tratado recibió San Gregorio de Nisa para su «De virginitate».

De mucho interés es también la «Relación de la vida y costumbres del P. Suárez», por el P. Manuel de Veyga, que presenta el P. Eleuterio Elorduy, S. I. Se trata de una relación escrita por el Padre de Veyga, socio de la Provincia de Portugal en el momento de fallecer el P. Suárez, y que por lo tanto conocía perfectamente al Doctor Eximio. La relación lleva la fecha del 20 de enero de 1618, es decir, apenas unas semanas después de la muerte del P. Suárez. Es sin duda ninguna un documento interesantísimo que describe la vida íntima y las virtudes religiosas del Doctor Eximio. Por tratarse de una relación dirigida al consumo interno entre los PP. Jesuitas, que conocían muy bien al P. Suárez, la relación adquiere un valor documental de sumo interés.

Finalmente el P. C. Gutiérrez, S. I., nos ofrece otro estudio histórico sobre los «Españoles en Trento». Muy documentado y preciso.

ISMAEL QUILES, S. I.

SOCIEDAD CUBANA DE FILOSOFÍA. — *El Tercer Congreso Interamericano de Filosofía*. Publicación auspiciada por la Dirección de Cultura del Ministerio de Educación. La Habana, 1950. 110 págs.

En un gesto de cooperación de la Sociedad Cubana de Filosofía y bajo los auspicios del Ministerio de Educación de Cuba, se han publicado los resúmenes de las comunicaciones presentadas al Tercer Congreso Interamericano de Filosofía, celebrado en Méjico en enero de 1950. Tras una breve crónica de las actividades del Congreso, se agrupan los trabajos en las tres secciones anunciadas en el programa y que corresponden a los tres temas: a) el significado y alcance del conocimiento científico; b) la importancia del existencialismo; c) en torno a la filosofía americana. Aun cuando se presentan solamente las síntesis de los trabajos, puede vislumbrarse el ambiente del Congreso. El primer tema, predominantemente especulativo, es el más corto en extensión, pero agrupa algunos trabajos de interés, a juzgar por las breves referencias que nos da el informe. Apuntamos el del profesor Francisco Miró Quesada sobre «La ciencia y el conocimiento objetivo», quien, aunque acentúa el elemento de subjetividad del conocimiento científico, reafirma que la ciencia es el tipo de conocimiento que toma al mundo y lo sitúa frente a sí enfocándolo como objeto unitario, limitado y diferente de él. De esta manera la ciencia es profundamente humana y tiene un sentido de coraje existencial, «haciendo más mundo al mundo y más real a la realidad» (p. 15). La profesora García Tudurí, de la Sociedad Cubana de Filosofía, presenta un ceñido trabajo sobre «La deshumanización del hombre» por la hipertrofia de la actitud científica. Teme que la ciencia que reduce el conocimiento a pura causalidad, mecanismos y técnicas conduzca al hombre al suicidio cultural (p. 14). El profesor Francisco Romero estudia las diferentes clases de conocimiento, para afirmar que el examen crítico de la razón, que desborda las finalidades de la ciencia, constituye el punto de enlace entre la ciencia y la filosofía, (p. 15). Muy técnico también es el artículo de David Baumgart sobre «Ciencia, ética y metafísica» aun cuando el acento en una «ética científica» nos parece una tendencia a tecnicizar o racionalizar demasiado los aspectos humanos del hombre (p. 18). Finalmente es de interés especial la contribución de Norbert Wiener sobre las repercusiones de la mecánica estadística en la física y la fisiología modernas. Aplicación técnica de los conocimientos científicos a la psicología (p. 27).

La segunda sección destinada a estudiar la importancia del existencialismo, se concentra en torno a esta pregunta del temario: ¿Son justificadas las pretensiones del existencialismo de considerar liquidadas por él las posiciones filosóficas que imperaban en el campo de la filosofía antes de su advenimiento (pragmatismo axiológico, bergsonismo, fenomenología, etc.)? Esta sección es, sin duda, la de más movimiento en el Congreso. Las tendencias se manifiestan abiertamente en pro y en contra del existencialismo, sosteniendo unos, desde diversas posiciones, que el existencialismo no ha podido liquidar las posiciones filosóficas anteriores, y otros en cambio que significa una verdadera innovación y superación respecto de dichas tendencias. Hay posiciones intermedias, como la de García Bacca, la de Baumgart...; y posiciones extremas, desde un

punto de vista racionalista, como la de Augusto Pescador, o desde un punto de vista católico como Robert Camponigri y Juan Manuel Terán; desde el idealismo, como Francisco Larroyo. En favor, en cambio, se pronuncian decididamente Eusebio Castro B., Humberto Piñero Llera, M. A. Virasoro, D. Casanovas... También Luis Felipe Alarcos se pronuncia en favor del existencialismo en cuanto superación, no liquidación, de las corrientes anteriores, ya que no ha pretendido el existencialismo precisamente liquidarlas, sino sobrepasarlas aprovechando sus resultados (p. 33). Favorable al existencialismo es también la contribución de John A. Mourant, quien piensa que ha aportado el existencialismo valores para la esencia y la importancia de la vida interior (p. 37). Una actitud media adoptan Manuel Ríos, David Baumgart y Cornelius Krusé. El conjunto de las comunicaciones nos da un resultado un tanto confuso sobre el ambiente reinante en el Congreso acerca del existencialismo, pero parece que las posiciones intermedias son de mayor madurez y realismo.

La tercera sección, acerca de la filosofía americana, responde a estas preguntas: a) la unidad de la filosofía americana ¿puede hablarse de una filosofía americana? ¿qué tipos de unidad y de diferencia se dan entre el filosofar en Norteamérica y Latinoamérica? b) el interés por el pasado ¿está ligada la suerte de la filosofía americana a la elaboración de una historia de sus ideas? ¿Qué resoluciones prácticas pueden proponerse para fomentar la colaboración internacional en lo tocante a la formación de una historia de las ideas? Esta sección agrupa varios trabajos de interés para la historia y la caracterización de la actividad filosófica en América. Hay temas regionales, que se refieren a una nación, y otros que atacan el problema general de la filosofía americana y de la distinción de sus caracteres en el norte y en la América Latina. Por de pronto en el problema de si se puede hablar de una «filosofía americana» resulta imposible encontrar conclusiones coincidentes. José Alvarado, por ejemplo, sostiene que se puede hablar de una filosofía americana y que ésta requiere como materia prima la elaboración de la historia de las ideas. Señala cuatro elementos aglutinantes de la filosofía americana: el cristianismo, el liberalismo, el romanticismo y el positivismo, los cuales en América han tomado modalidades distintas (p. 49 y 50). Más moderado, Diego Domínguez Caballero reclama que se haga primero una historia de las ideas en América, para poder luego descubrir la existencia y el carácter de una filosofía auténticamente americana en lo que respecta a América Latina (p. 50-51). Por su parte José Ferrater admite la existencia de una filosofía americana, no porque ésta posea un contenido propio característico, sino como un «hacer humano», es decir por el hecho de que se hace filosofía en América (p. 51-52). Risieri Frondizi señala en cambio características más positivistas de la filosofía americana, con distinciones propias de América del Norte y de los Latinoamericanos: Estos tienen como problema central el de la naturaleza del hombre, sus destinos y sus creaciones. Los norteamericanos, en cambio, se interesan más por las cuestiones epistemológicas, metodológicas, semánticas y lógicas. En nosotros lo que cuenta es la amplitud y sinceridad de las preocupaciones; en ellos el fundamento empírico, el rigor del razonamiento, la precisión en el lenguaje (p. 52). Mercedes García Tudurí de Coya subraya también la idea de estudiar o fomentar el estudio de las ideas

en América. José Gaos presenta un vasto plan de cooperación internacional en lo tocante a la elaboración de una historia de las ideas en América; Patrick Romanell ha señalado dos aspectos característicos respectivamente de la cultura hispanoamericana y de la angloamericana. En la primera predomina el sentido *trágico* y en la segunda el sentido *épico* de la vida. El hombre del norte tiene una cita con el destino, en tanto el de la otra América la tiene con América (p. 60-61).

Como puede comprobarse no está todavía el terreno maduro para resolver el problema de la existencia y caracteres de una «filosofía americana». Especialmente en lo que se refiere a América Latina.

En su texto íntegro se han incluido las comunicaciones de los representantes cubanos al Congreso de Filosofía. Algunas de ellas son serios trabajos, a los cuales hemos hecho referencia en la descripción general. Es mérito del grupo cubano el haberse interesado por brindarnos una resumen de las comunicaciones presentadas al Congreso, que nos permitan hacernos una idea general del contenido ideológico del mismo.

ISMAEL QUILES, S. I.

MARTÍNEZ DEL CAMPO RAFAEL, S. I. — *Philosophia moralis*, «Buena Prensa», México, 1950-51, 2 tomos, 273 y 263 págs.

El autor, ya conocido por su Teodicea, nos presenta la parte séptima del *Cursus Philosophicus* del Colegio Máximo Ysletense consistente en la Filosofía moral comprendida en dos volúmenes. La disposición del tratado sigue el modo tradicional y de Santo Tomás. Añade el autor a las diversas tesis un complemento histórico de mucha utilidad para mayor inteligencia de los problemas. Las últimas cuarenta páginas del primer tomo están dedicadas a una exposición sucinta de los sistemas morales y jurídicos no-escolásticos. Trata el Autor las cuestiones discutidas entre los escolásticos en artículos aparte, aliviando así el desarrollo de las tesis.

Un agradable equilibrio de juicio se revela en la cuestión del salario justo. Como sentencia más probable se defiende el salario familiar absoluto debido al obrero por justicia conmutativa; en el scholion se extiende lo dicho acerca de los obreros también a la clase media. La exposición del tratado nos parece clara, si bien hay uno que otro lugar donde se desearía mayor explicación. Así, por ejemplo, en la página 10 del tomo II, donde se trata del suicidio, afirma el autor: «*illicitum est virgini se a turri praecipitare, si persecutor illi eligendum relinquat inter praecipitationem et violationem, quia tunc mors eligitur ut medium ad vitandam violationem*». La circunstancia que hace ilícita tal acción, la cual por otra parte comúnmente es admitida como lícita por los moralistas, no se ve suficientemente indicada. Al hablar del Existencialismo menciona el autor entre otras la crítica que hace el P. Quiles en su libro «Heidegger, El Existencialismo de la angustia» acerca de dicho sistema filosófico. En esta crítica el P. Quiles hace ver cómo «las dos maneras de conocimiento deben marchar paralelas: el contacto inmediato, aunque oscuro, da el sentimiento de la presencia real; el

discurso explícito hace penetrar más la naturaleza del objeto», l. c., p. 105. Es controvertida esta posición y puede ser rechazada «in neganda qualibet intuitione naturali Dei in creaturis, aut in nostra conscientia» como lo hace el P. Martínez del Campo (p. 268).

Pero ¿no parece un poco exagerado afirmar que el Romano Pontífice en la Encíclica *Humani Generis* «ad traditionalem metaphysicam intellectualisticam et realisticam, redire iubet», de suerte que el método v. g. de un San Agustín o un San Buenaventura, que usan la intuición como medio de conocimiento, queda prohibido para el pensador católico?

Ciertamente hemos recibido en la *Philosophia moralis* del P. Martínez del Campo un valioso texto para nuestras clases. Lástima que la impresión deficiente dificulta el estudio del libro. Sería de desear una edición más didáctica en su forma externa.

ENRIQUE KLINKERT, S. I.

PLOTINO, *El Alma, la Belleza y la Contemplación*. Selección de las ENEADAS. Traducción con Prólogo y Notas por Ismael Quiles, S. I. Colección Austral, Espasa Calpe Argentina. Buenos Aires y México, 1950, 160 págs.

Es curioso que una figura de tanto relieve en la historia de la filosofía cual es la de Plotino, haya quedado hasta ahora sin una traducción completa de sus obras reunidas en las Enéadas. Sólo conocemos el primer tomo de la traducción comenzada en México por David García Bacca. La selección que acaba de publicar a cargo del P. Ismael Quiles la Colección Austral adelanta en la literatura filosófica de nuestra lengua una visión directa de conjunto del núcleo central de la filosofía de Plotino, y en esto reside ante todo el gran interés y valor de este volumen. Ese núcleo es la metafísica y la mística de Plotino. Desde ese núcleo los problemas particulares de la grandiosa filosofía del representante más genuino del neoplatonismo reciben su luz propia, y el lector puede adivinar o por lo menos comprender fácilmente las proyecciones totales de su filosofía y sus aplicaciones a otros problemas particulares.

En total nos presenta el P. Quiles diez tratados casi todos completos sobre los tres temas fundamentales indicados en el título de la selección. Les precede el pequeño tratado sobre la Dialéctica, la cual para Plotino, como para Platón y los neoplatónicos, se adentra en el corazón mismo de la metafísica. La traducción está hecha directamente sobre el texto griego y por un filósofo familiarizado con los problemas de la metafísica y de la historia de la filosofía, lo que le da un particular valor, no sólo como segura información sino también para un trabajo científico.

En extensa y apretada introducción ha tenido el P. Quiles la buena idea de aprovechar la biografía de Plotino escrita por su discípulo Porfirio. Esto pone al alcance de los lectores información de primera mano sobre la persona, las enseñanzas y los escritos de Plotino. Pero además nos ofrece una síntesis de la filosofía de Plotino, que es la mejor guía para su lectura.

Plotino se inspira fundamentalmente en sus predecesores griegos. Elementos de Aristóteles, principalmente, además de los estoicos y los pitagóricos, se encuentran frecuentemente en las *Enéadas*, como sillares útiles del sistema o como elementos de inspiración. Pero es indudable que su espíritu lo ha heredado de la escuela platónica. La misma tensión espiritual, la misma sublime elevación de pensamiento y de estilo, en fin la misma visión central del universo. Pero a la tradición platónica ha agregado Plotino una marcada inspiración mística, recibida directamente del simbolismo de las religiones orientales.

De todos estos elementos ha formado Plotino una síntesis vívida y original.

En breves capítulos describe el P. Quiles el proceso de la emanación que según Plotino ha dado origen al universo: la existencia del Uno simplicísimo e inmutable, que es la fuente primera de todo ser, de todo bien, de toda perfección; la producción de la Inteligencia; del alma del mundo; y en fin de las almas humanas. Trata luego los problemas generales de la contemplación, de la belleza, del mal y de la providencia. Evidentemente que es mucho más amplio el campo de problemas abarcado por Plotino, pero sin duda ha elegido el autor los citados, así porque son centrales como porque son la más apropiada introducción para los tratados reunidos en este volumen.

No renunciamos a señalar el interés de las páginas dedicadas por el P. Quiles al estudio de la contemplación en Plotino, así en el prólogo como en las respectivas notas introductorias a los tratados «La naturaleza, la contemplación y el Uno» y «El Bien y lo Uno», que son seguramente lo más inspirado escrito por Plotino y lo más elevado a que logró llegar la filosofía pagana. En la filosofía de Plotino ocupa la contemplación un lugar central. Por la contemplación el Uno produce la Inteligencia, y ésta a su vez la multiplicidad de las ideas. Por la contemplación del sumo Bien produce también la Inteligencia el alma del mundo y ésta las demás almas y las cosas materiales. Toda la armónica actividad del universo se desarrolla en virtud de una armónica contemplación. Y por esto es la contemplación el camino que debe retomar el alma para volver a su primer principio. Entonces se produce la unión mística con el Uno, Dios, acto en que reside la suprema felicidad y perfección del hombre. Plotino describe la necesaria preparación ascética para esta unión con la divinidad, así como los caracteres del éxtasis místico en fórmulas tan vivas, tan precisas y tan llenas de emoción espiritual que los grandes místicos cristianos han utilizado su mismo vocabulario para describir sus propias experiencias. No parece posible dentro de la filosofía pagana llegar tan alto. He aquí, como muestra, un pasaje que parecería escrito por Santa Teresa o San Juan de la Cruz. «Los que ignoran este estado, imaginen, por los amores de acá abajo, qué será encontrar el objeto más amado, y sepan que los amores de aquí son mortales, caducos, engañan y perecen y que no son en realidad amores ni constituyen nuestro bien, y no son lo que buscamos. Allá está nuestro verdadero amor y podemos unirnos a él participando de él y poseyéndolo, si no salimos a merodear por los placeres de la carne... Si alguien lo ha experimentado, comprenderá lo que digo: el alma vive otra vida cuando se acerca a El, y de El participa de tal modo que sabe que tiene presente al verdadero dueño de la vida. Entonces es posible verlo y verse a sí mismo, si

es que realmente se le puede ver, iluminado, lleno de luz inteligible, o mejor, como si El mismo fuera una luz pura, imponderable, leve; como si estuviera convertido en Dios, o más bien como si fuese Dios, suspendido hasta que volviendo otra vez a sentir su propio peso se queda como marchito».

La interpretación del éxtasis plotiniano ha sido objeto de discusión entre los eruditos: si se trata de un estado inconsciente o consciente; si en realidad se percibe la presencia inmediata de Dios, o sólo su influencia; si, en fin, se trata de un éxtasis puramente natural o bajo la influencia de la gracia sobrenatural. El P. Quiles se atiene a la interpretación natural y obvia del texto de Plotino, según el cual el éxtasis es plenitud de conciencia en Dios, aunque olvido de las creaturas, trato inmediato con Dios sin vestigios de influencia sobrenatural.

Otro de los problemas discutidos por los intérpretes de Plotino es el de su filiación como idealista o panteísta. El P. Quiles descarta positivamente toda interpretación idealista, por ser contraria al espíritu y a la letra de Plotino. La inteligibilidad que todo lo rige en Plotino, lejos de oponerse a una distinción de tipo realista entre sujeto y objeto del conocimiento, la supone y la defiende casi siempre. Más difícil es el aspecto relacionado con el panteísmo. No se puede negar que Plotino tiene premisas de espíritu panteísta y que pueden llevar lógicamente al panteísmo, como la inevitable necesidad que el Ser primero tiene de producir o de crear. Pero la lectura integral y sin prejuicios de las *Enéadas* nos autoriza a contemplar, a considerar, o a encontrar a Plotino lejos, de hecho, del panteísmo.

Es verdaderamente interesante la lectura directa de Plotino, en quien el pensador occidental y cristiano encontrará una afinidad sorprendente. A través del Pseudo-Dionisio y de los Místicos ha legado importantes puntos de inspiración a la filosofía y a la misma teología escolástica. Por otra parte, su fundamental racionalismo tiene muchos elementos que sirvieron al Renacimiento y a la llamada filosofía moderna desconectada de la teología. Como pagano, tal vez no podamos pedirle más. Sólo que no pudo o no quiso llegar a ver la riqueza de luz y de certeza que el cristianismo hubiese llevado a los problemas oscuros de su filosofía.

H. T. A.

FARRÉ, LUIS. — *Estética*. Librería Cervantes, Córdoba, 1950, 288 págs.

«Un libro cuyas pretensiones sean exponer, aclarar y coordinar los diversos problemas de la estética, sin que falte un suave matiz crítico y que, como en fuerte armazón, se estructure alrededor de convicciones personales que presten al todo vigor y vida, puede cubrir una necesidad en los países de habla castellana»... «Para lograr este propósito, se precisa reconsiderar sistemas y teorías, y luego formularse opiniones propias, con miras a obtener una visión conjunta, o por lo menos aproximarse a ella»... «No intento hacer historia de la estética, sino delinearla como ciencia filosófica»... «Me acerco a los autores y a los sistemas con previa simpatía, dispuesto a interpretarlos con toda exactitud y

meticulosidad... El lector adivinará, ya desde las primeras páginas, una decidida posición espiritualista que se mantiene en el curso de todo el libro. Una actitud que no es ni puede ser dura, formada con negaciones, recortada definitivamente en un aislamiento despectivo. No sería ésta una convicción cultural, y, mucho menos, espiritual. Me inclino a la flexibilidad en la comprensión y, si fuera preciso caer en algún extremo, que sea éste la simpatía más que la antipatía, pues la segunda levanta fronteras intraspasables; la primera facilita la intercomunicación. Atraer, y no repeler, es la norma del que quiere progresar en conocimientos».

Estas palabras, entresacadas del Prólogo del autor, nos dan en verdad una idea cabal del contenido, orientación y finalidad del libro. Pues concluida su lectura, verificamos que todo esto se ha cumplido, y que estamos ante una excelente obra didáctica, de introducción a los problemas estéticos, en la que el fin propuesto ha presidido la elección, ordenación y exposición del material, de modo que, asequible a todos, dejará en quien la lea nociones claras acerca de la estética como disciplina filosófica, acerca de las principales doctrinas estéticas que han ido surgiendo a lo largo de la historia de la filosofía, y por último acerca de los principales problemas estéticos.

Dividida así la obra en tres partes, la primera, que el autor titula *Presupuestos de la Estética*, nos da la ubicación de la estética como disciplina filosófica, su diferencia con otras disciplinas, los distintos métodos preconizados por las diversas escuelas y teorías (exposición ésta muy sencilla y al mismo tiempo completa); los problemas de la creación estética (el artista, la creación artística, el ambiente) y los del goce estético.

En la segunda parte, dedicada a los *Sistemas estéticos*, el autor se ha atenido a las figuras clave: Platón, Aristóteles, Plotino... San Agustín, Santo Tomás, San Buenaventura, el Renacimiento, Kant, Schelling, Hegel, Schopenhauer, todos ellos expuestos correcta y claramente (si en alguno se pueden formular algunas pequeñas observaciones de detalle, son realmente nimias y no afectan al fondo), sin complicar el panorama con datos menores y alardes de erudición. Es muy completo y bien tratado el último capítulo, dedicado a la Estética contemporánea, en el que, a más de Cohen, Croce y Gentile, no faltan referencias a Ugo Spirito, al problema de la estética comunista, a la estética en el existencialismo, a Santayana y Alexander, etc.

Por último, una vez llegado aquí el lector que busca asomarse a la estética, ya estará en condiciones de comprender los problemas que se le abren en la tercera parte: las relaciones entre arte y verdad, arte y moral, arte y religión. Cierra el volumen una bien hecha exposición de las categorías estéticas de lo sublime, lo trágico, lo cómico, lo bello, lo feo.

Aunque se pudiera poner reparos a la justeza de tal o cual expresión, desde el punto de vista filosófico, creemos que esto no afecta el valor total de la obra, y sobre todo su utilidad como libro de introducción y de texto. En este aspecto, creemos que verdaderamente viene a llenar un vacío. Le añade valores,

para este fin, la forma sencilla, transparente, de su exposición, de información amplísima, dentro de esa sencillez, respaldada por una bibliografía de primer orden y completísima (que no comprendemos con qué criterio se calificó de «heterodoxa» en un juicio que hemos leído, a no ser que sea «heterodoxo» el citar, por ejemplo, la «Estética» de Hegel o la «Crítica del Juicio» de Kant al exponer sus respectivas teorías), y además la excelente ordenación de todo el material, en capítulos divididos a su vez por subtítulos, y aun dentro de éstos nuevos apartados, todo ello perfectamente diferenciado merced al atinado empleo de los distintos tipos de letras. Lo que sí es de observar, en la presentación material del libro, es la frecuencia con que aparecen erratas de imprenta.

M. M. BERGADÁ.